

Don Pedro Laín Entralgo, profesor de historia de la medicina

JUAN A. PANIAGUA ARELLANO (*)

BIBLID [0211-9536(2002) 22; 495-508]

La vida de Laín Entralgo ha sido tan larga, la expresión de su magisterio oral y escrito tan abundante y la de su amistad tan generosa, que bien se entiende que la noticia de su muerte, el 5 de junio de 2001, haya resonado tan fuertemente en todo el ámbito de esta España a la que él tanto amó y de esta profesión médica a la que supo ilustrar con tan luminosas aportaciones. Tanto los periódicos del día siguiente al de su fallecimiento, como las revistas de todo tipo han publicado multitud de artículos, no ya de simple notificación y condolencia, sino de análisis rigurosos de los diversos aspectos de su recia personalidad y de su polifacética doctrina. Buen remate de tan amplia información ha sido el curso de conferencias que la «Fundación Xavier Zubiri» ha dedicado a la memoria del que fue su Vicepresidente: de octubre a diciembre de aquel mismo año nueve figuras destacadas de la intelectualidad española han esculpido las diversas facetas de la personalidad y del pensamiento de Pedro Laín.

El homenaje que ahora le tributa *Dynamis* viene con cierto retraso, como corresponde al carácter de anuario de esta revista. Pienso que ya está todo dicho y, además, somos tres los discípulos de don Pedro que aportamos aquí nuestro testimonio. Sin duda lo mejor del mío habrá de derivarse de su condición de añejo; de esa pátina que embellece lo que

(*) Profesor Honorario de Historia de la Medicina. Departamento de Humanidades Biomédicas. Universidad de Navarra. Apartado 177. 31080 Pamplona.

es viejo, como vieja es mi amistad con el profesor Laín, de la que relataré aquí algunos trazos. Estos recuerdos adquieren más valor ahora, cuando ya no puede evocarlos aquel que, de entre nosotros, mejor conoció y más largamente trató a Laín; el que fue su *alter ego* a lo largo de casi medio siglo, el profesor Agustín Albarracín Teulón, fallecido el día 26 de octubre de 2001, a los pocos meses de la muerte del maestro. Lo vi por última vez en el funeral de D. Pedro que concelebré con el P. Gómez Cafarena el 3 de julio y, no pude imaginar entonces que tan pronto iba yo a officiar las exequias por Agustín ofrecidas. En el poco tiempo transcurrido entre una y otra muerte, Albarracín —que ya había dejado unos preciosos testimonios de sus conversaciones con don Pedro en su libro de 1994: *Pedro Laín, historia de una utopía*— aún pudo prestar tributo a quien le había precedido en el tramo final de la existencia terrena en sendos artículos aparecidos en *Eidon* y en *Medicina e Historia* y también en la primera de las conferencias del curso antes mencionado, curso cuya prosecución ya no pudo conocer. La muerte de este querido amigo me pone, pues, en primer plano para evocar recuerdos de los primeros años del magisterio de Laín, lo mismo que la muerte de Pilar, su esposa, en 1998, hizo que tuviera que ser yo quien recogiera el sentir de todos los discípulos de don Pedro, en el homenaje celebrado cuando él cumplía los 90 años.

Yo había llegado a Madrid en el otoño de 1945, provisto de una beca «Conde de Cartagena de Indias», para elaborar una tesis en el Instituto de Medicina Experimental y para mejorar mi formación clínica en el Servicio hospitalario del doctor Marañón. Como también tenía que cursar las cuatro asignaturas del doctorado, asistí a algunas de las clases, en la escasa medida permitida por las restantes ocupaciones. No me importaba gran cosa tal limitación, salvo en el caso de la Historia de la Medicina: desde la primera vez que vi al profesor Pedro Laín Entralgo quedé subyugado por su enseñanza. El ambiente no podría ser más desfavorable: un aula enorme, polvorienta y destartalada del caserón de San Carlos, casi vacía, con unos cuantos oyentes que apenas si llenaban el primero de los desvencijados bancos. Pero, frente a tal desolación, un joven profesor daba su clase como si estuviera ante un auditorio numeroso y atento. Eran unas lecciones vivas, sugestivas, que manifestaban un saber hondo, bellamente expresado. Allí se fue despertando en mi interior la idea de que mi arraigada afición por la Historia podría

integrarse en la profesión que había elegido, aunque sólo fuera como complemento de otras tareas.

Durante aquel curso no hablé con el profesor. Tan sólo le abordaría al término de su discurso de ingreso en la Real Academia de Medicina, al que asistí el 14 de mayo de 1946. Conservo el pequeño volumen que allí tomé con el texto leído por Laín, al que tímidamente me acerqué, pidiéndole que lo firmara. Su dedicatoria estampada en aquel ejemplar que con cariño conservo, no es aún la que después había él de emplear de modo constante: «...con la amistad de...». En aquella ocasión, escribió en la contraportada del folleto: «Para Juan Antonio Paniagua en recuerdo de su curso de Doctorado, con un afectuoso saludo de P. Laín». Ni él ni yo sabíamos entonces que el tal curso no se quedaría en recuerdo, sino que había de ser el comienzo de una prolongada colaboración y una estrecha amistad.

En el exordio de aquel discurso de recepción académica, después de considerar su autor que ya no podía tener la juvenil jactancia de Telémaco, pero que aún no alcanzaba la condición del hombre maduramente avisado, el joven Laín —38 años tenía entonces— recurre a una sentencia de Saavedra Fajardo que reza así: «La fuerza se consume, el ingenio siempre dura» para apoyar en ella la expresión de su íntimo deseo: «Quiera Dios —decía el recipiendario— que, al final de mis días, cuando la fuerza se haya consumido, pueda hablar de ellos —de los frutos del ingenio— consolado por las palabras de nuestro discreto moralista». Hoy apreciamos cómo aquel anhelo se ha visto dichosamente desbordado. Habrían de transcurrir cincuenta y cinco años más, sin que la fuerza se consumiera, mientras los frutos del ingenio seguían madurando. Ahí está el eco de su abundante magisterio oral: en los cuatro decenios del fiel desempeño de su cátedra, en los cursos de conferencias que proseguiría en diversos foros hasta las vísperas de su muerte y en conversaciones orientadoras de rutas de investigación abiertas a tantos estudiosos. Y ahí queda la ingente masa de sus impresos: que van del leve artículo al macizo tratado y que ofrecen al lector actual y futuro rica copia de datos y de ideas originales, de análisis rigurosos y de vigorosas síntesis que cubren un amplio abanico temático.

En aquella sesión de la Academia de Medicina que he evocado percibí en su plenitud el sabor del buen decir lainiano que ya había

gustado en sus clases de doctorado. Su discurso recogía muchas y muy bellas expresiones de fray Luis de Granada; y, al faltar en la locución las comillas que señalan en el impreso los textos aducidos, puedo afirmar que no se notaba el tránsito entre las frases de nuestro clásico y las del novel académico: todo era un castellano armonioso y cristalino. Tengo para mí que la frecuentación de la prosa del fray Luis, unida a la abundante lectura de los literatos del 98, a cuya generación dedicaría un importante estudio en aquel mismo año, hubo de afinar el estilo de Laín que se me antoja más depurado y castizo que el que se percibe en los libros de los años 1941 a 1944, aún afectados por la influencia germánica en su formación.

Una vez concluido aquel curso, un día del verano de 1946 me presenté a Laín en su casa de la calle de Lista, para manifestarle mi deseo de hacer algo en la línea del saber que él cultivaba. D. Pedro me acogió con gran simpatía y me preguntó qué parte de la Historia me resultaba más sugerente. Le contesté, un poco a bulto, que la Edad Media. Y él me dijo que, en esa época, y en el ámbito de lo que hoy es España, brillaba la figura del gran médico Arnaldo de Villanova. Y en su estudio me inicié sin poder imaginar que aquella investigación iba a prolongarse a lo largo de toda mi vida.

¡Cómo recuerdo, al cabo de tantos años, aquellas tertulias en el cuarto de estar de su casa, a solas o junto con los doctorandos Luis Albertí y Carlos del Valle Inclán! Muchas veces, su esposa, Milagro, animaba con su gracejo sevillano los primeros minutos de nuestras reuniones después de servirnos una taza del excelente café traído por Laín de su primer viaje a Sudamérica. Tal recuerdo se ha reavivado al topar ahora, dentro de un fajo de cartas, aquella de 1993 en la que don Pedro respondía a la manifestación de mi pesar por la muerte de su mujer. Así me decía entonces: «Mil gracias, querido Juan Antonio, por sus amistosas palabras de condolencia. ¡Más de una vez ha recordado Milagro sus visitas a Lista 11!».

Al ocupar sendos cargos en la incipiente Seguridad Social, Albertí y Valle me dejaron sólo para ayudar al profesor. Y, en calidad de secretario de redacción, me cupo la suerte de impulsar la aparición de la primera revista de nuestra disciplina: *Archivos Iberoamericanos de Historia de la Medicina* —hoy *Asclepio*— cuyo primer número saldría a finales de 1949. Lo abría un trabajo de Laín sobre la historia clínica hipocrática —que habría

de ser el primer capítulo del libro *La historia clínica* (1950) y germen de su espléndida monografía: *La medicina hipocrática* (1970)—; y en sus páginas hallaba acogida el primero de mis trabajos histórico-médicos.

Pero en septiembre de aquel año de 1949, también yo me alejé del profesor Laín Entralgo, aunque no de la labor que junto a él había emprendido. Se me ofrecía en Valencia, el doble encargo de dirigir una Residencia de universitarios que, desde el comienzo de la década, venía funcionando en un vetusto caserón de la calle Samaniego, y de construir un Colegio Mayor de nueva planta. Era aquella una obra corporativa del Opus Dei. Yo me había sentido llamado a esta empresa apostólica, ya en 1940, cuando iniciaba en Valladolid mis estudios de Medicina. Ahora se me presentaba un quehacer tan arduo como sugestivo. Comunicué a don Pedro mi deseo de afrontarlo, junto con mi pena por dejarlo sólo poco antes de que comenzara el curso en el que yo iba a ser su auxiliar de cátedra. D. Pedro sintió la separación y lamentó el trastorno que le iba a suponer mi ausencia, pero no puso la menor objeción. Antes bien, me animó decisivamente a emprender la labor que se me ofrecía, diciéndome: «Pienso que es voluntad de Dios que Vd. realice este encargo y creo que debe aceptarlo». Al escribir estas líneas en abril de 2002, acabo de regresar de la celebración del cincuentenario del Colegio Mayor «La Alameda»; y, al contemplar la vitalidad de este centro y ver lo que ha supuesto en la vida universitaria de Valencia, siento alegría de haberlo propugnado y aprecio la fina visión que supuso aquel generoso consejo de Laín.

Al ausentarme, propuse como sustituto mío en la secretaría de la revista a Silverio Palafox. Y ya apuntaba en aquel entorno la figura de Agustín Albarracín que iniciaba su tesis doctoral.

Dejé Valencia y regresé a Madrid en 1953. Al reincorporarme al grupo de colaboradores de don Pedro advertí que se habían producido algunos cambios. La Sección de Historia de la Medicina y de las Ciencias Naturales, creada en el seno del CSIC en 1943, había ascendido al rango de Instituto, al que habían otorgado unos locales en la cuarta planta del edificio de la calle del Duque de Medinaceli. El grupo se había acrecentado y tenía reuniones semanales en un desangelado recinto casi ocupado por una gran mesa en torno a la cual nos sentábamos todos. A su cabecera se hallaba siempre don Pedro, al que las

ocupaciones de su cargo de Rector de la Universidad de Madrid, asumidas en 1951, no le impedían la asistencia, ni la intervención activa, pues casi siempre llevaba él la voz cantante, para darnos las primicias de los trabajos que iba elaborando. Sin embargo, cualquiera de nosotros echaba allí su cuarto a espadas, siempre que tuviera algo que comunicar; y recibía del maestro los adecuados estímulos o las oportunas correcciones. Frecuentes eran mis intervenciones relativas a la obra médica de Arnaldo de Villanova que por entonces iba yo desentrañando; y a ello se debió sin duda el que nuestro Instituto recibiera el nombre de este médico catalán del Medioevo, con preferencia a las figuras castellanas del Renacimiento —como Valles, Laguna o Mercado— que pudieran haber obtenido tal nominación. Más tarde advertí que era más apropiado el uso de la forma catalana del nombre de nuestro epónimo; así se lo indiqué a Laín, el cual obtuvo sin demora el cambio de título del que sería ya Instituto Arnau de Vilanova.

Como, a la sazón yo no había regresado aún a Madrid, no pude asistir a la recepción de Laín Entralgo en el seno de la Real Academia Española, en 1952, y no pude oír aquel discurso suyo que sería el germen del libro: *La espera y la esperanza*, ni escuchar el encendido elogio hecho por el doctor Marañón. Este ingreso en la docta casa —de la que sería don Pedro Director entre los años 1982 y 1987— fue la consagración de ese estilo literario de Pedro Laín tan atractivamente expresado en su palabra y plasmado en sus escritos. A este respecto, quiero contar una anécdota que el propio don Pedro pudo no haber advertido, inmerso como estaba en la lectura de su discurso, en la fiesta del Libro de 1955. Era una sesión plenaria del Instituto de España que reunía las diversas Reales Academias. La disertación tenía este título: «El libro como fiesta»; y, ciertamente, su audición fue una fiesta para todos los allí presentes; pero sobre todo, al parecer, para el que presidía el acto, Mons. Eijo y Garay. Bien recuerdo la admirativa expresión que, desde las primeras palabras del orador irradiaba su rostro que se mantuvo literalmente boquiabierto, hasta el final del discurso, que a mí me pareció muy breve: no sé si Laín omitió la lectura de parte de su texto o si es que yo me encontraba tan encandilado como don Leopoldo.

Es verdad que tan límpida dicción se veía empañada a veces por la inclusión de incisos en la exposición o por el empeño en acuñar neo-

logismos, a veces, un tanto insólitos; si bien tales expresiones eran prontamente esclarecidas por su inventor. El mismo Laín se confesaba infractor de la regla dorsiana de decir siempre una cosa detrás de la otra y no dentro de otra. Y se comprende la perplejidad de Albarracín cuando, en el curso de una de sus entrevistas, le oye decir: «Yo creo que el hombre puede enamorarse, como realmente lo hace, porque es un ser sexuado, menesteroso, hiperbólico y adverbial» [Pedro Laín, *Historia de una utopía* (1994), p. 30]: no cabe duda de que las dos últimas notas requieren su aclaración; cosa que Laín hará inmediata y cumplidamente.

Vinieron los acontecimientos políticos de febrero de 1956. Laín perdió su condición de Rector y se vió confinado en su domicilio. Cada uno de los componentes de nuestro grupo le manifestó como pudo su solidaridad —recuerdo la emoción de sus palabras, al agradecer mi llamada telefónica— y continuamos reuniéndonos sin él durante un tiempo, de un modo testimonial, hasta que él pudo reincorporarse. Estos avatares pudieron haber afectado a la celebración del XV Congreso Internacional de Historia de la Medicina que había sido convocado al calor de la relevante posición académica de Laín; pero, aun cuando ésta se hubiera perdido, la asamblea se celebró, con gran brillantez en el mes de abril de 1956.

Para entonces, era ya Agustín Albarracín el brazo derecho de don Pedro: su decisión de dedicarse por completo a la Historia de la Medicina «iba a ayudarle a vivir». Y esto, incluso en la materialidad del transporte urbano: desde la cátedra o el Instituto hasta su domicilio —situado ya en la famosa «profesora»—, Agustín era su conductor. Con frecuencia, fui yo tercero en estos desplazamientos que Laín llenaba con sus observaciones sobre lo que pasaba en la calle. Recuerdo que, en un atasco circulatorio —poco frecuentes todavía— ante el arco de triunfo de la plaza de la Moncloa, nos dijo Laín que él era el autor del texto de la doble inscripción latina que campea a uno y otro lado del coronamiento de aquella construcción; y que algunos puristas del latín habían censurado el empleo de los términos *aedes* y *iugiter* en cada una de las frases allí estampadas.

De aquellos años finales de la década de los cincuenta son dos pasajes que relata Albarracín en su artículo «La condición humana de

Pedro Laín» que llena uno de los cuadernos —el nº 3 de su cuarta época— de la revista *Medicina e Historia* y que quiero aducir aquí: para someter uno de ellos a una breve corrección y para extraer del otro una noticia que estimo interesante para perfilar la figura de Laín como profesor universitario. Evoca el primero de estos recuerdos el uso que Laín solía hacer de cierta frase del escolar *Catecismo de la doctrina cristiana* que todos habíamos aprendido de memoria; pero aquí le falla a Agustín la suya cuando aquella frase la expresa de este modo: «*Decid cómo*, dicen que decía el viejo catecismo del Padre Astete ante cualquier respuesta a su anterior pregunta». Y ello no es exactamente así. Lo que en aquel popular texto se lee es: *Mostrad cómo*; invitando al doctrino a que trace con su mano la señal de la cruz, y así realice aquel movimiento que acaba de serle descrito. Y esto lo aplicaba Laín a la propuesta de cualquier teorizante que había de mostrar el modo de llevar a la práctica las ideas por él expresadas.

La sugerencia que brota del segundo de estos recuerdos procede de la alusión que hace Albarracín a unos cursos universitarios del profesor Laín que «fueron apareciendo en mimeografía ... Editorial Marbán, s/f, por los años 50», y de los que estima que será difícil encontrar algún ejemplar. Sin duda, es interesante la noticia de la existencia de algún texto en esta línea; y creo que algo puedo decir sobre ello, pues yo mismo preparé los apuntes correspondientes al curso de 1956-1957. Con la anuencia de Laín, el Sr. Marbán grababa en cinta magnetofónica cada una de las clases y las mecanografiaba; yo corregía el texto así recogido y el resultado de esta revisión era policopiado por el editor y ofrecido a los alumnos. No sé si esta serie de *Lecciones de Historia de la Medicina* que evoca Albarracín es la misma que yo elaboré y de la que conservo un ejemplar. Para confrontarlo con otros textos que podrían existir, doy aquí la descripción del mío: son 22 cuadernillos y medio, en 4º, que hacen 355 páginas. Su texto comienza así: «Vamos a iniciar juntos, ustedes y yo, una doble y complementaria aventura nueva...».

La novedad de esta aventura residía en el hecho de que, por primera vez, el curso de Historia de la Medicina, dentro de la licenciatura, va a pasar del 7º al 4º, dejando de ser un remate accesorio del edificio, para integrarse en los fundamentos mismos del aprendizaje clínico. Ante ello, se ve al profesor Laín francamente ilusionado y empeñado en

que sus alumnos participen en la oportunidad formativa que se les ofrece. Vale la pena transcribir sus palabras pues en ellas late un fuerte empeño didáctico. Comienza así repitiendo el *incipit*

«Hoy vamos a iniciar, dentro de los estudios médicos españoles, una singular novedad; ésta, en virtud de la cual los alumnos de cuarto curso, al enfrentarse con las disciplinas fundamentales de la ciencia médica, a saber: la patología general, la farmacología médica y la anatomía patológica, en este mismo momento, van a acercarse también al saber médico desde el punto de vista de lo que este saber ha sido. Es decir, que la formación intelectual de ustedes, como médicos, va a seguir, según esto, dos vías paralelas y que yo quisiera que fuesen complementarias. Por una parte, van a acercarse ustedes a la medicina según lo que ella es actualmente...; por otra parte, yo voy a intentar mostrarles, no frente al enfermo, sino frente a los documentos del pasado ... cómo ese enfermo ha sido visto, entendido y tratado por los médicos de la antigüedad.»

Y concluye este ilusionado exordio, con una esperanza que como tal podría desvanecerse:

«Fracasaré, conjuntamente con ustedes si, a lo largo de este curso ... no hemos logrado, yo crear en ustedes, ustedes captar en su alma, alguna lección que les sirva de orientación, de estímulo y de fundamento para su formación intelectual como médicos».

Comprende el profesor la dificultad que supone para aquellos alumnos, hechos a la metodología científico-natural, la apertura a los estudios históricos; pero les hace ver la utilidad de tal empeño:

«Yo aspiro a que la Historia que juntos hagamos, ustedes y yo; yo exponiéndola lo mejor que pueda, ustedes tratando de captarla con la mejor voluntad que sea posible en estas últimas horas de la mañana en que la atención está ya un poco fatigada ... Aspiro a que, al final de este curso hayan adquirido ustedes unos cuantos conceptos claros de la disciplina científica a la que están dedicados; que les sirvan para algo más que para aumentar su erudición. Que sirvan para hacerles entender de un modo más pleno y más profundo lo que la Medicina es; y, tal vez, para espolear su afán científico e investigador».

Estas *Lecciones* que, en principio, habían de abordar toda la historia de la medicina, se quedan en la explicación del proceso de desarrollo de sus primeras partes: la Anatomía, descrita con holgura, y la Fisiología, narrada con cierto apremio: «Vamos a comenzar —se lee en la página 252— en forma más sumaria, por lo avanzado que está el curso, el estudio de las etapas fundamentales del saber fisiológico». No hay en estas lecciones esa precisión conceptual que se advierte en las conferencias de Laín, las cuales —como él declara— podían ser llevadas a la imprenta tal y como habían sido pronunciadas, pero precisamente es ese relativo desaliño lo que les da su valor. Hallamos aquí, no al pulcro orador que se hace escuchar de un público predispuesto, sino al profesor que ha de captar la atención de un alumnado que va a clase con cierta desgana, al pedagogo que ha de lograr que asimilen en sus mentes un pábulo tan diferente del acostumbrado. No se trata de una obra acabada, pero sí de una muestra —tal vez única— de un empeño docente, lleno de viveza y espontaneidad.

Esta mención de los apuntes de clase de un curso de la asignatura de Historia de la Medicina que tan netamente expresan el empeño didáctico del profesor Laín Entralgo, me lleva a la consideración de sus intentos por elaborar un texto comprensivo de la materia entera de la disciplina que cultivaba y enseñaba. Ya había publicado, dentro de este área una sugestiva monografía sobre «La antropología de la obra de fray Luis de Granada» (1946), unas vivaces recreaciones de figuras como las de Bichat (1946), Claudio Bernard (1947) y Harvey (1948), y había elaborado el primero de sus planteamientos histórico-teóricos de un problema médico: *La Historia Clínica* (1950), cuando se lanzó a elaborar un tratado de conjunto: en 1954, aparecería un volumen de gran porte titulado *Historia de la Medicina. Medicina moderna y contemporánea*. Un manual que estimo sin parangón en la literatura histórico-médica de entonces; un texto sólidamente construido, bien documentado —aunque en él se prescindiera de toda referencia bibliográfica— y pulcramente redactado; una cómoda vía de acceso al conocimiento de la evolución del saber médico y de la práctica clínica en todas sus ramas, a través de cinco grandes periodos —renacimiento, barroco, ilustración, romanticismo y positivismo— para desembocar en la medicina vigente a la sazón. He de confesar aquí mi deuda con este libro que me fue tan útil para mi formación como historiador de la asigna-

tura. Aunque no lo expresara de modo explícito, el título de esta obra apuntaba a su complementación con una *Historia de Medicina antigua y medieval*, tarea que parece haber tenido el autor en su mente. En esa revisión de su labor intelectual que Laín titularía *Hacia la recta final* (1990), en su página 173 se lee lo siguiente:

«En 1950 apareció *La historia clínica*. Ya en el otoño de ese año me había enfrascado en dos exigentes y —para mí, claro está— importantes faenas: proseguir con un volumen nuevo el camino emprendido con *La historia clínica* y comenzar la redacción de un manual escolar de *Historia de la Medicina*. Hasta la segunda quincena de Julio del año siguiente, a los dos dediqué toda mi actividad».

Cierto es que esa completa dedicación hubo de cortarse en el verano de 1951, por la implicación de Laín en la política educativa, al aceptar el cargo de Rector de la Universidad de Madrid. Serían cuatro años y medio en los que las ocupaciones y las zozobras inherentes a su cargo habían de restar tiempo y sosiego a su labor intelectual. Pero aun entonces, no dejaría de expresarse con publicaciones del porte del libro que nos ocupa y del primero de sus tratados sobre aspectos esenciales del ser y del obrar del hombre: *La espera y la esperanza*, de 1956. Sin embargo, cuando en la mencionada reflexión lainiana de 1990, expresa el autor su honda satisfacción por este último libro «con que en 1956 reconquisté —dice— mi propio yo», no hace la más mínima mención de su *Historia de la medicina moderna y contemporánea*, ni de su posible volumen complementario. ¿Porqué había dado de lado Pedro Laín esta obra suya? Tal vez pensó que dos volúmenes de semejante calado darían un texto excesivo para lo que debería haber sido un manual; tal vez su honradez en el uso de las fuentes, le había impedido entrar en la medicina árabe sin conocer el idioma; tal vez se sintió desprovisto del bagaje adecuado para abordar la medicina de los pueblos primitivos y de las culturas arcaicas ..., pero estimo que lo que más le pudo afectar es el reproche de «internalismo» que surgía en aquellos años en los que la historiografía de nuestra disciplina, la cual se proyectaba hacia los aspectos sociales del hecho médico. Lo cierto es que, al publicarse en 1963 la segunda edición de esta obra, Laín se limitó a suplir en ella la «garrafal omisión» —diría su autor— del índice onomástico. Pero no introdujo en su texto ninguna mejora. Así quedó aparcada la idea de una obra general de historia de la medicina realizada por un solo autor.

Se pasó entonces a la decisión de elaborar un gran tratado en el que colaboraran los mejores especialistas del mundo entero. Y por ello, tras varios años de preparación, editaría Salvat, entre 1972 y 1975, una *Historia Universal de la Medicina*, en siete volúmenes de gran formato, con abundante material gráfico —que a veces era más ornamental que ilustrativo—, en el que se recogían las aportaciones de los mejores historiadores de la Medicina, los cuales se añadían textos introductorios a cada época escritos por ilustres pensadores y por historiadores de la cultura y de las ciencias. En su último volumen, eminentes clínicos españoles daban cuenta del estado de la Medicina actual. Una gran obra en conjunto, sin duda, pero en la que se acusaba cierta falta de unidad, en razón de las muchas manos que en ella habían intervenido.

Con tan abundante material histórico-médico en la mano, se decidió al fin el profesor Laín Entralgo a elaborar el tan deseado como diferido manual en 1978, que aparecería en un volumen de porte semejante al habitual de otras especialidades médicas, en el que se integra una multitud de datos, bien homologados y descritos con la maestría y claridad que el ya viejo profesor sabía imprimir a sus escritos. Es una acertada síntesis que recoge el fluir temporal de la ciencia y arte médicos, por el cauce de la evolución cultural y científica de cada época, proyectándose en los avatares sanitarios y asistenciales de las sociedades en los que se desarrollaron. Asombra la multitud de datos allí recogida y seduce la armónica construcción con ellos lograda. Tal vez el lector interesado y, más aún, el estudiante de la asignatura tropiece con la densidad resultante de tantas referencias apretadas en un mediano volumen. Ante tal concentrado de datos, y por referencia a un producto muy anunciado en aquellos años, los amigos le colgamos el remoquete de «Starlux». Pero no cabe duda de que tal publicación es una excelente vía de acceso al conocimiento de los diversos saberes y quehaceres que a lo largo de la Historia han ido configurando este gran afán del hombre por mantener y reparar su salud. La constante reedición de este libro acredita su utilidad.

Al tener que concluir estas consideraciones sobre la figura de Pedro Laín Entralgo en cuanto profesor de Historia de la Medicina, viene a mi memoria una de aquellas conversaciones de entre los años 1946 y 1949 que he evocado al principio de estas líneas. A los dos nos había emo-

cionado la proyección de la película «Los últimos de Filipinas»; sobre todo, aquel comentario del capitán De las Morenas, tras de haber izado la bandera en la espadaña de la iglesia de Baler: «No es un reto. Es, simplemente, dar fe de que estamos aquí». Y se preguntaba don Pedro —y así lo consignaría en uno de los «Ensayos mínimos» recogidos en la miscelánea que titularía *Vestigios*, en 1948—: «¿Cómo dar hoy fe de que estamos aquí?», para contestarse: «Yo sólo he podido hallar una humilde respuesta: sentarme a mi mesa de trabajo, escribir estas líneas, ahincarme con más esfuerzo y rigor en los temas de mi propia vocación». Y así lo ha venido haciendo año tras año, hasta muy poco antes de su muerte. Era ya nonagenario cuando charlando conmigo me aseguraba que trabajaba seis horas diarias, acudía casi a diario a su despacho en la Facultad de Medicina y no faltaba a la reunión semanal de cada una de las tres Reales Academias de las que era socio de número.

Cuando en febrero de 1998, al cumplir don Pedro los 90 años, le fue tributado en la Facultad un brillante homenaje por parte de sus discípulos, el aula —que desde entonces llevaría su nombre—, estaba llena de cuantos directa o indirectamente lo considerábamos maestro nuestro. El no aceptaba este título; más que maestro se veía como incitador. Bien puede aceptarse este nombre, si no renunciamos al otro. Así definía él ambos términos: «Maestro: docente que de manera asidua y próxima ayuda a que el discípulo vaya realizando su personal vocación y construyendo su propia alma. Incitador es el que, mediante la palabra oral y escrita promueve y pone en marcha esa vocación». [*Hacia la recta final*, pp. 366-367]. Pero para que tal incitación sea eficaz, la palabra del incitador ha de ir acompañada por la fuerza de sus convicciones y el ejemplo de su vida. Muchos de los que nos llamamos discípulos de don Pedro —así nos hemos dirigido siempre a él todos— no hemos percibido un control continuado de lo que íbamos haciendo sino una vital incitación a hacerlo bien a nuestro modo.

También ha incitado Laín a la apertura de los ojos de los prácticos de la medicina a nuevas perspectivas en el ámbito de su profesión. «¿Será posible —escribía en 1950— que los médicos aprendan a buscar la verdad *según la historia*, además de acceder a ella en su encuentro inmediato con la realidad?» [*La historia clínica* (1950), p. 5]. Ya había comenzado a hacerlo, en 1947, en su ciclo de conferencias en el Cole-

gio de Médicos de Madrid o en su disertación ante centenares de profesionales en el IV Congreso de Médicos de la Sanidad municipal en aquel mismo año. Muchos de estos sanitarios quedaron tocados por esta incitación del profesor Laín Entralgo y, como muestra de ello, tengo aquí un amigo, el Dr. Carlón, que le ha mantenido hasta hoy una estrecha fidelidad que es el lazo de esta amistad nuestra.

También la labor de Laín al frente de su cátedra, obtenida en 1943 y mantenida hasta su jubilación en 1978, ha prestigiado esta docencia como nunca había ocurrido con una asignatura tenida por accesoria y profesada tan sólo en los cursos de doctorado de la entonces llamada Universidad Central. Diversas causas habrán concurrido en la promoción de esta asignatura, en su extensión a las demás universidades y en la elevación de su estima. Pero no cabe duda que también en esto ha jugado un gran papel la «incitación» procedente de la personalidad de quien ha sabido dar calidad e interés a su enseñanza.

La huella que el profesor Laín Entralgo ha marcado en la Historia de la Medicina habrá de ser indeleble. Ahí están para mantenerla sus valiosos escritos y sus esforzadas empresas. Pero bien está el que algunos de los que, en diversas etapas de su vida, fuimos incitados por él hasta el punto de cambiar radicalmente, bajo su influjo, nuestra dedicación profesional, expresemos algunos de los recuerdos de nuestro trato con él.